

forme del ingeniero Laur que le fué presentado en Enero de 1864.

El mejor de los datos para aceptar que el objeto de Napoleón al emprender la aventura mexicana fué erigir un trono con apariencias de envidiable para el Archiduque Maximiliano, se encuentra en una carta del General Fleury, edecán del Emperador, el preferido de sus favoritos y el que poseía frecuentemente el pensamiento íntimo de su soberano.

Maximiliano aceptó el trono de México, la nochebuena de 1861, al terminar la cena con que en el Palacio de Miramar fué obsequiado Don José María Gutiérrez Estrada, cuya misión era decidir al Archiduque á aceptar el trono mexicano (1).

Pero después del fracaso del 5 de Mayo y la resistencia armada que presentó el país, el Archiduque vaciló y el Emperador Napoleón llegó á creer que el Archiduque no aceptaría el difícil papel que se le ofrecía.

« Mi opinión personal, decía el General Fleury al General Bazaine, es que Maximiliano acabará por no aceptar. Que el gobierno reaccionario del General Forey, no es viable, que es antipático á los mexicanos, como á la política francesa y que en este caso (la no aceptación de Maximiliano) lo más con-

(1) Gaulot, tomo I, pág. 15.

veniente para nosotros sería fundar otro gobierno más conforme con el sentimiento liberal del país, *crear un dictador cualquiera, un Comonfort ó cualquiera otro que oponerle á Juárez* y en fin, una vez conseguido esto, volver á Francia con nuestro ejército. He aquí brutalmente mi opinión *y ella es la de muchos de nuestros hombres de gobierno* (1). »

En el sistema cesariano, los hombres del gobierno no emiten más opinión que la del César sobre toda clase de asuntos, aun los más triviales, puesto que comienzan siempre por hacer dimisión de su personalidad. En materia tan grave como la de la política mexicana, la opinión de los *muchos hombres de gobierno* que, según el general Fleury, opinaban como él, no podía ser otra que la del Emperador. Comprueba esto, lo que Napoleón escribió al general Bazaine pocos días después de que el general Fleury comunicó al jefe francés en México su *opinión brutal sobre el negocio*: « Haced de manera y por todos los medios posibles, ordenaba Napoleón á Bazaine, que los generales Doblado y Comonfort se pongan de nuestro lado. Esto sería el mejor medio de llegar pronto á una solución definitiva (2) ».

Se ve entonces que si Maximiliano no hubiera

(1) General Fleury al General Bazaine, 12 de Diciembre de 1863. Gaulot, tomo I, pag. 223.

(2) Napoleón III al general Bazaine, 15 de Nov. de 1863. — Gaulot, *Réve d'empire*, pág. 209.

aceptado, las ideas generosas, las ideas napoleónicas se habrían reducido desde la obra gloriosa de salvar á la raza latina de América hasta establecer el gobierno de Doblado ó Comonfort, tratar con ellos el pago de la expedición y créditos de los reclamantes franceses y retirar al ejército invasor á su patria. Obsequiar á Maximiliano un trono fué, pues, el único objeto de la expedición á menos de fijarse en los proyectos de Napoleón sobre los Estados Unidos y en ese caso la expedición de México no era más que un medio para alcanzar determinado fin en la cuestión norte-americana entre sudistas y unionistas.

*
**

Puesto que el Emperador había decidido bañar con su benevolencia al pueblo mexicano, como medio de ejecutar sus ideas generosas, debía tener un gran concepto de los generales Comonfort y Doblado para designarlos como arbitradores de México.

Respecto del general Comonfort, no conozco las opiniones de Napoleón. En cuanto al general Doblado no eran satisfactorias. Un año antes de que Napoleón ordenase al general Bazaine que hiciera todo lo posible por conquistar á Doblado, escribía sobre este estadista al general Forey : « Es indis-

pensable desconfiar de Doblado : os reitero mis recomendaciones de no tratar con los hombres del gobierno actual, sobre todo con Doblado, que es, según mis noticias, el hombre más trapacero y el más desleal conocido (1). » Entre las ideas generosas se encontraba la de entregar al pueblo mexicano á un dictador inmoral, á falta de Maximiliano y con el objeto de dar una solución definitiva á la obra gloriosa de poner el dique á la expansión de los Estados Unidos.

Nuestro Encargado de Negocios en Washington creía haber encontrado el verdadero motivo de la invasión francesa : « Además, los planes del Emperador se han translucido ya demasiado para que se pueda aparentar desinterés. Concediendo á la dinastía austríaca un vasto imperio en América esperaba obtener del Emperador Francisco José la devolución al reino de Italia del Véneto; natural era que no haré este nuevo servicio al rey Víctor Manuel sin hacerse pagar por él con una nueva cesión á la Francia de otra parte del territorio italiano (2). »

Esta hipótesis bien estudiada no era admisible. Cuando Napoleón quiso continuar la campaña de Italia contra el Austria, la Prusia movió inmediatamente dos grandes cuerpos de ejército, lo que hizo

(1) Instrucciones secretas de Napoleón á Forey, 30 de Nov. de 1861. — Gaulot, *Réve d'empire*, pág. 208.

(2) M. Romero á Mr. Seward, Octubre 2 de 1862.

comprender al monarca francés que la política prusiana se oponía resueltamente á que Francia sacara más ventajas territoriales de Austria. Poco tiempo después el mismo D. Matías Romero recibió del Ministro de Austria en los Estados Unidos la seguridad completa de que ni el Emperador ni el pueblo austro-húngaro estaban inclinados á interesarse en la cuestión mexicana á favor de Maximiliano ni mucho menos á hacer sacrificios. El Véneto fué entregado á la Italia después de haber sido vencida el Austria; de otro modo no lo hubiera dado.

Napoleón envió sus seis mil soldados al general Lorencez, á recibir sonrisas y flores, no balas ni insultos. Gaulot, en 1890, veintiocho años después de los acontecimientos, á la hora precisa de las verdades, relata con ingenuidad lo ocurrido antes del ataque de los franceses á Puebla el 5 de Mayo de 1862.

Después del combate de las Cumbres, dice Gaulot (1), « creyó Lorencez haber destruído la única resistencia que era posible oponerle y, lleno de confianza, siguió su marcha..... El 4 de Mayo llegó á Amozoc y el 5 á las nueve de la mañana se detenía á la cabeza de su columna delante de Puebla, teniendo á sus lados á M. Dubois de Saligny y al general Almonte.

(1) Gaulot, *Réve d'empire*, pág. 63.

« El instante era solemne, pues se iba á conocer, por fin, las verdaderas disposiciones del país. Nuestro Ministro, lo mismo que el jefe supremo interino, no manifestaba la menor duda. El general Márquez con numerosos disidentes no debía tardar en venir para ofrecernos la completa adhesión del ejército. En cuanto á la ciudad de Puebla, las simpatías de sus habitantes eran enteramente nuestras y estaban dispuestos á abrirnos las puertas.

« Así lo afirmaban M. de Saligny y el general Almonte cuando de la terraza del convento situado á la derecha de la ciudad, sobre el cerro de Guadalupe, se oyeron fuertes detonaciones y tres balas de cañón cayeron á algunos metros de distancia de nuestra vanguardia.

« Esta vez, la duda se disipa. No era ya posible engañarse con las seguridades de nuestro Ministro y sobre los verdaderos sentimientos de los habitantes de Puebla. Se preparaba á oponer una vigorosa resistencia á las tropas francesas y se les iba á recibir no con ramilletes de flores, como tantas veces se les había asegurado, sino con balas de fusil y de cañón.

« El contraste de esta acogida con la que se esperaba, causó asombro y una sorpresa tan penosa como profunda. La aventura se volvía trágica. ¡Y bien, sea, dijo el pequeño ejército, puesto que es necesario batirse, batámonos! Y cada uno tomó su lugar en vista del combate. »

Esta narración no puede haber sido inventada para disculpar la impericia del general Lorencez, consistente en atacar una plaza fuerte sin más preparación que la taza de café que recibieron los zuavos en su línea de vanguardia.

Antes del fracaso del general Lorencez el 5 de Mayo, M. Billault decía en el Cuerpo legislativo de Francia : « Estamos ya en camino para la ciudad de México, *debemos estar allí* (1). » Esto lo decía el Ministro de Napoleón oficialmente el 13 de Marzo de 1862, casi dos meses antes del ataque á Puebla, y en un discurso posterior decía : « En Francia, en España y en Inglaterra, todos los hombres al corriente de estos negocios estaban convencidos de que la expedición sobre México se emprendería inmediatamente; todos estaban convencidos de que en el mes de Febrero (1862) la situación estaría zanjada y que el pabellón de las potencias aliadas flotaría en la ciudad de México (2). »

En el acta de la primera conferencia de Orizaba consta : « En una visita hecha á S. E. (el general Prim) por el general Almonte, le declaró éste sin ambages que contaba con el apoyo de las tres potencias, para cambiar en monarquía el gobierno establecido en México y colocar la corona sobre las sienes

(1) M. Billault, Sesión del Cuerpo legislativo, 13 de Marzo de 1862.

(2) M. Billault, *ibid.* 26 de Junio de 1862.

del archiduque Maximiliano de Austria ; que él pensaba que este proyecto sería bien acogido en México y que acaso antes de dos meses se realizaría. El comodoro Dunlop tomó la palabra para decir que algunos días después el señor Almonte le hizo la misma declaración. S. E. el Conde de Reus respondió al general Almonte que su opinión era diametralmente opuesta y que no debía contar con el apoyo de España. »

Almonte llegó á Veracruz en Febrero de 1862 « ...cuando se suponía en Europa que los fines de la expedición estaban alcanzados, cuando las banderas aliadas debían estar flotando en la capital (1) ». El general intervencionista D. José M. Cobos asegura que le dijo Almonte al pasar por Orizaba : « que estaba resuelto á cumplir con los compromisos que contrajese en Europa, á donde no podría volver si sus planes se frustraban, pero esto no sucederá, agregó Almonte, porque aquí no vengo atendido á las fuerzas del país, que de poco me servirán, por eso traigo bayonetas francesas (2). »

Cobos agrega en el mismo manifiesto : « En Veracruz, cuando llegó Almonte no faltó quien le dijera que la República no estaba preparada para la monarquía y que intentarlo de luego á luego sería

(1) M. Romero á Mr. Seward. Anexo á la nota de 10 de Mayo de 1862.

(2) Cobos José María, Manifiesto de Abril 22 de 1862.

exponerse á una conflagración general. « No, dijo, están muy desmoralizados (los juaristas) y su valor del todo debilitado; ellos irán por donde los lleve un cabo y cuatro soldados franceses, » y yo me creo en aptitud de llevar á ejecución las órdenes que recibí de mi soberano el príncipe Maximiliano, rey de México. »

Queda probado que Napoleón tenía la convicción de que la capital de México sería ocupada en Febrero de 1862 por las potencias aliadas, las que debían ser acogidas en todo el país, con flores, repiques, banquetes y entusiasmo ferviente monárquico. Que Maximiliano había ya aceptado el trono de México desde la nochebuena de 1861, como lo manifestó su convidado á la gran cena D. José María Guriérrez Estrada y que dicho príncipe le dió órdenes á Almonte ya como soberano de México desde 1862. Conforme á las convicciones de Napoleón III, la empresa mexicana no podía ser sanguinaria ni opresora, ni difícil, ni costosa. Era una empresa de festival, de Te Deum á seco, sin victorias trágicas, de homenaje á los más elevados sentimientos humanitarios, de grandeza moral para los espectadores ilustrados más austeros y sacerdotales. No se debía combatir sino amedrentar con simples descargas sin proyectiles hasta que el pánico hiciera huir al gobierno de Juárez.

*

* *

En Enero de 1864, Napoleón fué informado por el honrado inspector francés enviado á México para preparar la organización financiera del Imperio, que los ingresos de cincuenta millones de pesos anuales jamás habían existido. Napoleón se indignó con el descubrimiento de este nuevo engaño y ordenó al nuevo Ministro de Francia en México, Marqués de Montholon que cobrara á la regencia doscientos diez millones de francos por gastos de la expedición hasta 31 de Diciembre de 1863. El regente Almonte reconoció la deuda y manifestó que por falta de fondos le era imposible cubrirla. El Marqués de Montholon solicitó entonces la concesión de todas las minas de Sonora abandonadas ó por descubrir con la prerrogativa de que las minas fuesen protegidas indefinidamente por una guarnición de tropas francesas.

Semejante petición equivalía á pedir la cesión de Sonora. Almonte consintió en principio, á reserva de que el archiduque Maximiliano al llegar á México ratificase la concesión.

Hasta 1864, Napoleón manifestó deseos de desmembrar el territorio mexicano de un modo disfrazado y con motivo de encontrar insolvente un erario que se le había presentado como rico. Las negociaciones relativas á este asunto entre Almonte y el Marqués de Montholon fueron muy reservadas.